

## DEBATE

# APOGEO DEL CAPITALISMO CORPORATIVO Y DOMINACIÓN DE LOS MUNDOS DE VIDA

Humberto Márquez Covarrubias\*

A la memoria de mi padre Humberto (1941-2013),  
profesor y cronista a ras de pueblo

**RESUMEN:** Para maximizar las ganancias, la lógica inexorable del capital subsume las fuentes primigenias de la riqueza, trabajo y naturaleza a costa de degradar la condición humana y destruir el medio ambiente. El supuesto carácter progresista de las fuerzas productivas deviene en potencias contraproductivas, ajenas a la realización de capacidades y potencialidades humanas. En lugar de satisfacer las necesidades humanas, el consumo degenera en dominación psicológica y fisiológica de los cuerpos; el sistema alimentario basado en valores de usos tóxicos y nocivos desencadena enfermedades crónicas e incapacitantes que deterioran el patrimonio genético de la humanidad. La cultura dominante exalta el individualismo, el mercantilismo y el consumismo en contraposición a los valores solidarios y comunitarios que fundamentan la justicia social y el bien común. La perversión de la política como fetiche, actividad reservada para expertos y manipulada por el poder comunicacional, cristaliza una democracia de élites con una ciudadanía mínima.

**PALABRAS CLAVE:** subsunción del trabajo, subsunción del consumo, cultura dominante, crisis civilizatoria, transformación social.

**ABSTRACT:** In order to maximize profits, the inexorable logic of capital subsumes the original sources of wealth, work and nature, at the cost of degrading the human condition and destroying the environment. The supposed progressive character of the forces of production gives rise to counterproductive powers far removed from the realization of human capabilities and potential. Instead of satisfying human needs, consumption degenerates into the psychological and physiological domination of the body; the food system based on toxic and injurious use values leads to chronic and debilitating illness that deteriorates the genetic patrimony of humanity. The dominant culture exalts individualism, mercantilism and consumerism as opposed to values based on solidarity and community, which are the foundation of social justice and the common good. The perversion of politics as a fetish, an activity reserved for experts and manipulated by the media cristalizes a democracy of elites, with minimal citizenry.

**KEY WORDS:** submission of work, submission of consumption, dominante culture, civilizatory crisis, social transformation.

\* Responsable del programa doctoral, docente e investigador de la Unidad Académica de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

## INTRODUCCIÓN

La fuerza motriz del actual entramado civilizatorio entraña una dialéctica profunda entre la negación de la vida y la afirmación de la muerte. Una espiral ascendente comienza con la destrucción de la cultura material de clases; pueblos y grupos sociales explotados, despojados y oprimidos inmersos en prácticas *precapitalistas* — catalogadas como anacrónicas e incompetentes— que sobreviven en los márgenes del sistema mundial capitalista o que resisten el embate del capital con prácticas autonómicas; continúa la afirmación de la racionalidad capitalista con la imposición del proyecto de modernización y occidentalización articulado por la economía mundial, el predominio del capital corporativo, y desemboca en la negación de la vida digna de la mayoría de la humanidad que padece violencia, opresión, criminalización y racismo.

La negación de la vida digna como meta suprema de la sociedad posibilita la entronización del capital, cuya lógica está volcada a la maximización de ganancias y la reafirmación del poder de las élites. En lugar de una cultura de la vida, emerge una cultura del capital, con su carga de egoísmo, consumismo y despilfarro.

Una alternativa verdadera concede primacía a la reproducción digna de la vida humana. Nada más anticapitalista que dicha pretensión. La construcción de una alternativa vitalista es una empresa que amerita un enorme poder popular, una fuerza social capaz de contrarrestar los intereses establecidos y hacer posible otras pautas de generación de excedente —ni extractivistas ni especulativas ni explotadoras ni despojadoras— y otras modalidades de distribución del excedente distantes del carácter concentrador y excluyente.

En este artículo se abordan quince tesis sobre el sometimiento de la reproducción de la vida por el capital, en particular sobre el trabajo, la producción, el consumo, la cultura y la política. Estas proposiciones, necesariamente preliminares, son un preámbulo para articular pautas alternativas engarzadas a una economía política de la vida.

## CAPITULACIÓN DE LAS FUENTES DE VIDA POR FUENTES DE GANANCIA

*Tesis 1: Con la subsunción del trabajo vivo a la lógica del capital se trastoca el sentido de la vida humana, pues el trabajo pierde sentido como fuente de valor para la reproducción de la vida y se reduce a fuente de plusvalor alienada por el capital.*

El trabajo vivo es fuerza humana en acción, gasto productivo de energía mental y física para generar valor (Dussel, 1988). El capital tiene el cometido de subyugar el trabajo vivo, proletarizar a la mayor parte de la humanidad, independientemente de que a grandes sectores los mantenga inactivos. El dominio del capital avanza destruyendo formas no capitalistas de producción, como el sistema de subsistencia comunitario —por ejemplo, el modo de vida y trabajo campesino (Bartra, 2010)— y doblegando al trabajo ya inmerso en la lógica del capital mediante el resquebrajamiento del Estado social y los sindicatos. La apropiación de tierras, biodiversidad y recursos del subsuelo propicia la «liberación» de trabajo otrora dedicado a producir valores de uso para la subsistencia; sin referentes comunitarios, los tráfugas deambulan en los confines de la economía de mercado y ofrendan su fuerza laboral a los ritmos y exigencias de la valorización bajo la promesa incumplida de ascender por la escalera de la modernidad. El discurso de la modernidad y del mecanicismo de las fuerzas productivas estima lógico y predecible la abrogación de los ámbitos de comunidad y la transmutación del trabajo vivo en recurso disponible para la voracidad del capital.

Parcelas de la sociedad se mantienen en reserva y pueden aparecer, alternadamente, como desempleada y empleada. Los mecanismos de exclusión e inclusión siguen cursos dialécticos: el productor directo es negado para después aparecer como trabajador asalariado, con la posibilidad de que no logre ingresar a las vías formales y tengan que subsistir en el trabajo «informal»; el trabajador asalariado se incorpora a la compulsiva órbita del consumo, apuntalada por el sistema crediticio, pero fácilmente puede caer en insolvencia; incluso estos trabajadores

pueden ser de por sí insolventes y estar marginados, de manera parcial, como consumidores, de tal modo que el consumo compulsivo se convierte en un poderoso mecanismo de control social. Valga decir que los desempleados, los pobres y la mayoría de los informales están excluidos del consumismo, aunque no pueden escapar del consumo capitalista para subsistir, por lo que su vida se convierte en un continuo calvario. Finalmente, el ciudadano es achicado y minimizado a su condición de emisor de un voto electoral para «legitimar» a la clase política que se disputa los puestos de representación popular, en tanto que la mayor parte de los derechos económicos, políticos, sociales, culturales y ambientales han sido negados. Más aún, los sin papeles, los inmigrantes suelen ser negados como ciudadanos en todas las facetas y sólo considerados como trabajadores y consumidores precarios.

La dialéctica negación-reconocimiento del trabajador, consumidor y ciudadano altera el sentido de la vida mediante la negación del trabajo vivo como fuente de valor para la reproducción de la vida en comunidad y da el paso de la muerte al reconocer el trabajo vivo como fuente de plusvalor, alienada por el capital para los intereses de la acumulación y en detrimento de la reproducción de la vida comunitaria: la reproducción de la vida es mediada, entonces, por el mercado.

La transformación del mundo del trabajo reconfigura al proletariado. El viejo proletariado industrial persiste, pero no es ya la forma predominante del trabajo asalariado. Con la constitución de *redes globales de capital monopolista* y el apostamiento de la fábrica mundial, que relocaliza partes del proceso productivo en diversas partes del mundo, especialmente en las regiones del mundo con importantes provisiones de trabajo barato, flexible y desorganizado, el proletariado es desmadejado (Márquez y Delgado, 2011a). Los antes influyentes sindicatos obreros de los países desarrollados son desmantelados de facto con la incorporación de trabajadores desindicalizados, despolitizados y sumisos del mundo subdesarrollado que están dispuestos a trabajar en condiciones agobiantes y mal pagadas. Abaratar sustancialmente los costos laborales y vulnerar el poder de clase de los obreros fabriles es la proclama.

La reconstrucción del proletariado deviene del achicamiento del viejo proletariado típicamente industrial y la emergencia de uno nuevo procedente de diversas formas de trabajo vivo que permanecían guarecidas en ámbitos precapitalistas, pero que ahora amplifican la órbita del capital: explotación del campesinado bajo las cadenas agroindustriales, el trabajo urbano o la migración; jóvenes sin experiencia sindical que incurrieron en el trabajo precario donde prevalece el despido libre, trabajo a destajo, medio tiempo, como es usual en los servicios y el comercio; trabajadores «informales» que están conectados a la producción y comercio de empresas capitalistas mediante formas de trabajo conocidas como subcontratados y cuentapropistas; y trabajadores migratorios que se desplazan dentro del propio país y fuera de él, principalmente hacia las economías desarrolladas.

Con la subsunción total del trabajo vivo, el capital logra imponer esquemas de explotación redoblada o *superexplotación* (Marini, 1973; Osorio, 2009). La expropiación del fondo de vida obrero (salario directo y salario social) se acrecienta. Diversos mecanismos complementan esta faena: la prolongación de la jornada laboral (ya sea en un mismo centro productivo u obligando a que el trabajador enlace dos o más empleos precarios para alcanzar un ingreso mínimo de subsistencia); el incremento en la intensidad del trabajo (incremento en la propensión de riesgos, peligros, accidentes y enfermedades); la disminución del salario real; el desplazamiento del proceso productivo hacia zonas con trabajo más barato. Asimismo, la subsunción laboral de las llamadas periferias es un punto clave para la redición de economías de enclave y la apropiación de fuentes de trabajo vivo mediante la migración laboral, lo cual presagia una exportación de fuerza de trabajo barata (Márquez y Delgado, 2011b). En conjunto, se erosiona paulatinamente la energía vital de los trabajadores e instalan la inseguridad en el trabajo.

La órbita de dominio del gran capital se basa en las corporaciones multinacionales, en su mayoría con base en países desarrollados, con la capacidad de controlar y articular la actividad mundial manufacturera, financiera, agropecuaria, comercial y de servicios. Los países de las

periferias del sistema capitalista subsumidos en el subdesarrollo y dotados de recursos naturales y humanos, abundantes y baratos, son reinseridos como partícipes subordinados de las redes globales de capital al instalar plataformas de exportación soportadas por economías de enclave. Estas plantas operan bajo esquemas de *subcontratación* o *comercio intrafirma*.

Aniquilada por completo la soberanía laboral —capacidad del Estado nación para generar fuentes de empleo formal (Márquez, 2008)— las periferias se decantan como exportadoras de fuerza de trabajo hacia los centros. La nueva división internacional del trabajo tiene como uno de sus ejes principales la exportación directa e indirecta de dicha fuerza laboral. Esta estrategia representa una etapa superior de mercantilización del trabajo a nivel global, pero bajo pautas de desvalorización y superexplotación, con el consecuente resquebrajamiento de la calidad de vida del grueso de la población empleada y de sus dependientes. Esta condición no sólo figura como un rasgo consustancial a la periferia, como lo planteara Marini (1973), sino que se expande hacia los países centrales a través de la migración.

*Tesis 2: El trabajo conceptual desplegado por científicos, tecnólogos, investigadores e intelectuales, que pudiera caracterizarse por la autonomía y responsabilidad social, es coordinado por el capital corporativo y las agendas de investigación e innovación son condicionadas por las instancias financieras.*

El trabajo desempeñado por científicos, tecnólogos, artistas, académicos, investigadores, intelectuales y deportistas se considera un trabajo autónomo e independiente que sigue sus propias agendas, temáticas e intereses. En muchos casos, incluso, se espera que ejerzan el pensamiento crítico y que develen las contradicciones del sistema y propongan alternativas en favor de la sociedad. Sin embargo, está en curso un proceso que se subordina al trabajo general. En el sentido de Marx: «Es trabajo general todo trabajo científico, todo conocimiento, todo invento» (Marx, 1981: 128) o *trabajo conceptual* (Mora, 2008), que engloba las formas de trabajo referidas al requerimiento de las corporaciones capitalistas.

En mancuerna con el pensamiento único, neoliberal y neoconservador, acontece un proceso fundamental: la *subsunción del trabajo científico-tecnológico*. Los avances tecnológicos en informática, telecomunicaciones, biotecnología, nuevos materiales y nanotecnología también están orientados por los intereses de las grandes corporaciones. La restructuración de la ciencia y tecnología (c+τ), bajo mecanismos como *outsourcing* y *offshore-outsourcing*, permite la subsunción de una masa creciente de trabajadores científicos y tecnólogos del Sur por las corporaciones multinacionales (CMN), que de este modo transfieren riesgos y responsabilidades a cambio de capitalizar los beneficios mediante la concentración de patentes. Los trabajadores de la c+τ pierden, paulatinamente, autonomía para diseñar sus agendas de investigación o para orientar sus esfuerzos a la resolución de problemas sociales. Entonces acontece una mercantilización sin precedentes del trabajo científico-tecnológico desde una visión de corto plazo y ajena a toda preocupación social.

La restructuración de los procesos de innovación y la subsunción del trabajo científico-tecnológico de la periferia transforman el papel de las fuerzas productivas en la acumulación capitalista, merced al abaratamiento de los costos laborales en c+τ. La incorporación de fuerza de trabajo calificada y altamente calificada de la periferia desempeña un papel cada vez más importante, sea a través de la migración a los centros de la economía mundial o, más aún de la inserción en laboratorios y centros de investigación asociados a plataformas de subcontratación asentados en los países subdesarrollados (*offshore outsourcing*). Las economías en el uso del trabajo no sólo se remiten al trabajo inmediato, sino también al trabajo general, como fue conceptualizado por Marx para referirse al trabajo de c+τ.

*Tesis 3: La movilidad humana desencadenada por la globalización neoliberal es una migración forzada de sujetos despojados, excluidos y empobrecidos que buscan la subsistencia en espacios con mayor densidad de capital.*

En las periferias del mundo capitalista, emergen sujetos sociales desposeídos y excluidos que se ven compelidos a emigrar para buscar el sustento en territorios con mayor densidad de capital, donde cifran

expectativas de ser ocupados, así sea en condiciones de precariedad e inseguridad. Empero, la densidad de capital se difumina, pues la estrategia de acumulación mundial descansa en redes de capital desplegadas en diversos lugares del mundo y, en esa medida, los requerimientos de trabajo son reconfigurados bajo el signo de la fragmentación, precarización e inseguridad. Las migraciones adquieren el significado lato de fuerza de trabajo barata y el sentido obedece a las exigencias de las corporaciones, pero también de capitales independientes.

La acumulación por despojo —el arrebato de medios de producción y subsistencia en los lugares de origen o residencia— y el programa de modernización neoliberal destruye clases sociales, conjuntos familiares y comunidades; los reconfigura como un sujeto despojado, pobre y necesitado, el cual, para afirmarse y subsistir, se ve obligado a desplazarse hacia otros lugares del país o el extranjero con el fin de insertarse en el mercado laboral. Más que una mera relación entre origen y destino, Sur y Norte o una estrategia de reproducción familiar, subyace una relación dialéctica entre capital y trabajo, donde el trabajo vivo es puesto en cuestión, pues es requerido por el capital corporativo o por capas medias del capital que cumplen un papel subsidiario en las cadenas globales, pero es negado por su capacidad de reproducir la vida y de aspirar a la movilidad social.

Lejos de revestir un «rostro humano», como pretenden justificar los apologistas de la migración, la degradación humana que catapulta una sobreoferta laboral confiere a las migraciones, en particular las provenientes de sectores sociales despojados y pobres, el carácter de *desplazamiento forzado*, dentro de los Estados nacionales y fuera de ellos (Márquez y Delgado, 2011b). La matriz propulsora de las migraciones está compuesta por las violencias estructurales del poder, el capital y la criminalidad, y en general por la inseguridad humana que aqueja a los pobres de la Tierra.

Figurativamente, la movilidad humana en pos del *sueño americano* persigue el ascenso social y la redención de las comunidades desoladas de origen; sin embargo, las migraciones de la globalización neoliberal se develan como desplazamientos forzosos de personas que fueron despojadas de



sus medios de producción y subsistencia, que fueron excluidas del trabajo formal de calidad, que padecen la violencia criminal, que sufren los cataclismos naturales y que, incluso, estando bien calificados, no encuentran opciones ocupacionales o apoyos institucionales para realizar sus proyectos.

Las migraciones forzadas tienen tres características en común: *a)* se verifican en los planos nacional e internacional, preponderantemente desde las regiones deprimidas de las periferias con destino a regiones con mayor densidad de capital; *b)* afectan primordialmente a los sectores vulnerables, pobres y excluidos que no disponen de bases materiales y subjetivas para garantizar la supervivencia o alimentar una expectativa de vida decorosa; *c)* generan una sobreoferta de trabajo barato y desorganizado que es aprovechada por empleadores y corporaciones interesadas en abaratar costos; *d)* alimentan los mecanismos de exportación directa e indirecta de fuerza de trabajo, tanto de trabajo inmediato, como de trabajo científico-tecnológico; *e)* reducen a los migrantes a la condición de fuerza de trabajo barata y desechable, con lo cual se concilia la superexplotación del trabajo y la reducción al mínimo de la ciudadanía.

Los migrantes forzosos experimentan una alta vulnerabilidad, pues conforman uno de los sectores que pierde, casi por completo, la capacidad de controlar sus condiciones de existencia en los lugares de origen, tránsito y destino. El empeño por subsistir los obliga a reconstruir, paulatinamente, sus propios esquemas de reproducción.

*Tesis 4: Los recursos naturales, pese a que originariamente no lo sean, son convertidos en mercancías para apropiarse de la renta del suelo y crear nuevas fuentes de ganancia extraordinaria.*

La mayoría de los recursos de la litósfera y la biósfera, pese a que no son mercancías, ha sido incorporada a la lógica mercantil capitalista. La meta de maximizar las ganancias en el menor lapso posible, sin consideración del tiempo de reproducción, propicia el saqueo brutal de la infraestructura natural y la fractura del metabolismo entre sociedad y

naturaleza (Foster, 1999). El resultado es el debilitamiento de las bases materiales de la producción y la reproducción de la vida humana.

El despojo y privatización de bienes comunes (tierra, agua, flora, fauna) y bienes nacionales (petróleo, gas, minerales) y, en general, de recursos naturales y la biodiversidad, destruyen la cultura material de los pueblos y favorecen la apropiación de renta del suelo y la generación de excedente en favor de corporaciones, sin reparar en los costos sociales y ambientales. El despojo de *bienes comunes* suele justificarse a nombre del progreso y la modernización para construir *bienes públicos*, los cuales, sin embargo, son apropiados por corporaciones, por lo que terminan siendo *bienes privados*. Cuando las corporaciones beneficiarias entran en quiebra, los gobiernos neoliberales les inyectan recursos públicos para su rescate a nombre del crecimiento y el empleo, lo cual constituye una nueva modalidad de despojo, pero nunca se pone en consideración la restitución de esos bienes a la esfera pública y menos a la comunitaria. Asimismo, los bienes nacionales (recursos naturales como petróleo, gas y agua, o recursos públicos, como infraestructura, empresas y presupuesto) son convertidos en bienes privados o cedidos bajo esquemas público-privados. En todo caso, la gestión pública está al servicio del interés corporativo.

Los modelos neoliberales y posneoliberales —basados en el extractivismo exportador de minerales, petróleo, gas, agua, maderas y monocultivo— incurren en un *intercambio ecológico desigual* que se plasma en el hecho de que el volumen exportado de materias primas resulta deficitario en términos monetarios y está asociado al financiamiento externo, amén de que las corporaciones exportadoras habitualmente son eslabones terminales de las redes globales de capital monopolista. Más aún, esta estrategia no contempla los múltiples costos humanos y ambientales. Las corporaciones extractivistas están empeñadas en el saqueo a gran escala, sin reparar en que generan contaminación de tierras, aguas y aire, devastan ecosistemas, sobrexplotan la fuerza de trabajo y generan degradación en la reproducción de la vida humana al acrecentarse las enfermedades, la prostitución y la violencia.

La depredación del medio ambiente entraña una fractura del metabolismo social. La obsolescencia programada acorta la vida útil de las mercancías producidas por las corporaciones, que habilitan mejoras tecnológicas en sus procesos productivos y en el propio diseño de las mercancías, lo cual significa el incremento del ritmo de rotación del capital constante o de la dinámica de acumulación. Los valores de uso pronto se convierten en artículos desechables, con lo cual se arroja una mayor cantidad de desperdicios y basura al medio ambiente, al tiempo que se activa el ritmo de producción; es decir, la demanda de insumos productivos provenientes de la infraestructura natural. El ritmo de remplazo de la maquinaria, equipo, edificios e infraestructura también se inscribe en esta lógica de aceleración del ciclo de producción y consumo. El incesante ritmo productivo rebasa, con mucho, la capacidad de remplazo de la naturaleza. La degradación ambiental se multiplica: erosión, sequías, inundaciones, cambios en el clima, pérdida de biodiversidad. En suma, se deterioran las bases naturales para la producción y se fractura el metabolismo social entre sociedad y naturaleza.

Las fuentes de energía, un recurso vital para la organización socioeconómica, resiste los embates de la especulación y de violencia. La crisis del modelo de producción fosilizado está llegando a un aparente punto sin retorno. La conclusión del pico en la producción de combustibles fósiles, principalmente petróleo, ha desencadenado espirales inflacionarias y propiciado guerras de conquista, bajo el ardid de guerras preventivas, guerras contra el terrorismo o guerras en pro de la democracia y la libertad, que han sembrado la muerte y el terror en poblaciones donde abundan las mayores reservas de hidrocarburos en el mundo. Estas conflagraciones anuncian el riesgo para los países subdesarrollados que disponen de reservas de petróleo, pero que no se han plegado a los tratados comerciales o permitido la entrada de inversión extranjera en este campo. La búsqueda de alternativas energéticas es un campo en ciernes en la investigación científico-tecnológica, pero principalmente un territorio de alta concentración corporativa, que anticipa el control empresarial en materia energética.

El desequilibrio entre el frenético ritmo de producción y el lento proceso de renovación de la naturaleza propicia la depredación del ecosistema, contaminación, hambrunas y enfermedades. Además se generan cambios súbitos en el clima (calentamiento global y mayor frecuencia e intensidad de eventos climáticos extremos) que ponen en riesgo la simbiosis entre sociedad humana y naturaleza.

Numerosos científicos e instituciones han llamado la atención acerca de fenómenos graves como el calentamiento global, el cambio climático y la pérdida de biodiversidad, los cuales generan fuertes desequilibrios en el metabolismo naturaleza/sociedad, en grado tal que amenazan la reproducción misma de la vida humana en el planeta. La degradación de los recursos naturales, el cambio climático y la mercantilización del ecosistema contribuyen a la destrucción de la naturaleza, que se manifiesta como una fractura estructural de las bases materiales para la producción y la reproducción de la vida humana.

#### FUERZAS PRODUCTIVAS CONTRAPRODUCENTES PARA EL DESARROLLO HUMANO

*Tesis 5: La dinámica de acumulación de capital, depredadora y expoliadora, tiene como eje vertebrador a fuerzas contraproductivas que garantizan la gestación de ganancias extraordinarias, pero deterioran la reproducción de la vida humana.*

Las fuerzas productivas no sólo aluden a la tecnología y la ciencia, la maquinaria y equipo industrial, como pretende el determinismo tecnológico. En el capitalismo, las fuerzas productivas técnicas son, en efecto, técnicas, conocimientos y herramientas cuyo objetivo es incrementar el potencial productivo que genere ganancias extraordinarias (Veraza, 2012). El discurso del poder exalta la competitividad como el valor más alto de una nación o territorio, y en esa lógica se promueve la subsunción del trabajo científico-tecnológico, el sistema de patentes y el condicionamiento de fondos de investigación; la obsolescencia programada

de valores de uso que inundan el mercado; la educación por competencias y la formación de «capital humano». En la cúspide del progreso humano se colocan los avances en biotecnología, ingeniería genética, nanotecnología y química de alimentos.

En sentido contrario, las *fuerzas productivas sociales* tienen el cometido de incrementar la potencia del capital social o de la productividad social, no para arrojar ganancias extraordinarias, sino para satisfacer las necesidades humanas y la reproducción social (Veraza, 2012). Pretende alcanzar la coordinación técnica del trabajo, técnicas positivas, saberes y prácticas, sistema de subsistencia. El pensamiento crítico, la ciencia y la tecnología positiva, aunadas a una ética política y subjetividad emancipadora, construyen los senderos de un auténtico desarrollo humano, donde el mercado, el Estado y la industria se supeditan al interés supremo de la reproducción de la humanidad en conjunción con el entorno planetario (Hinkelammert y Mora, 2008).

Las fuerzas productivas se definen como las capacidades sociales orientadas a la satisfacción de las necesidades humanas. Estas capacidades pueden ser tecnológicas o científicas, plasmadas en la construcción de determinados medios de producción, en las fuerzas laborales y los medios de subsistencia necesarios para su reproducción, en el sistema de valores y creencias que orientan la praxis social y en la infraestructura natural y urbana que sirve para el proceso productivo. De igual forma se consideran las dimensiones cultural y política, incluso la vida cotidiana, que configuran el entramado civilizatorio que permite la producción y reproducción de la vida, fin supremo de la comunidad humana. Sin embargo, bajo el capitalismo, las coordenadas claramente son otras muy distintas, pues no interesa tanto la satisfacción de las necesidades humanas como la maximización de las ganancias, y con ello la diferenciación social (Bartra, 2006). De tal suerte que las fuerzas productivas, sobre todos las técnicas, han sido creadas y están orientadas a los fines específicamente capitalistas. En tal razón, se promueve el derrocamiento de las técnicas *precapitalistas* y aún de aquellas técnicas capitalistas que se consideran obsoletas para los fines de la acumulación

de capital. Lo mismo puede decirse de aquellos dispositivos, mecanismos y soportes materiales y espirituales de los sectores subalternos que tienden a escapar a la esfera de la valorización del capital, y que por tanto se les tiene como trabajo improductivo.

La noción de fuerza productiva específicamente capitalista se engloba en la organización del trabajo productivo; aquel que sirve, directa e indirectamente, a la producción de valor. Y más aún, a aquellas técnicas capitalistas que permiten potenciar el trabajo vivo y el trabajo muerto para la generación de plusganancia o ganancia extraordinaria. En su frenética lucha por generar ganancias extraordinarias, las técnicas capitalistas devienen en fuerzas nocivas para la reproducción social y para las necesidades humanas; incluso se contraponen a esa meta social, por lo que dejan de ser fuerzas «progresistas», en el sentido humano del término, y se convierten en fuerzas competitivas generadoras de plusvalor, y por tanto en fuerzas socialmente nocivas (Veraza, 2012).

Entre los ejemplos más conspicuos de técnicas capitalistas nocivas tenemos a las fuerzas bélicas creadas para la guerra, para la conquista de territorios y sus recursos naturales y para la muerte humana: dispositivos como la bomba atómica, la guerra bacteriológica, los aviones no tripulados y la multiplicidad de artefactos de la industria militar; también los medios de represión de masas, como los tanques antimotines, los gases y demás valores de uso represivo. La industria armamentista también ha servido para generar guerras civiles, estrategias de contra-insurgencia y políticas de terror en contra del pueblo, como también para armar a las bandas del crimen organizado, guardias blancas y grupos paramilitares que obran en contra de la población. La industria armamentista ha capitaneado, además, muchas de las recientes innovaciones, como las telecomunicaciones, el internet, la biotecnología y la nanotecnología, pues es una industria estratégica para la expansión global del capital y para la gestión geoestratégica.

Además del militar, las tecnologías capitalistas altamente nocivas para la reproducción social se localizan en el sistema alimentario, ener-

gético y sanitario. No sólo por el hecho evidente de que las innovaciones tecnológicas generan importantes economías en el uso del capital variable y desplazan grandes contingentes laborales al paro, con las consecuentes problemas sociales, ni por la evidencia de que como deyecciones de la producción se lanzan a los ríos, atmósfera y en general al medio ambiente sustancias tóxicas que contaminan el ambiente y dañan severamente los ecosistemas; ni por el hecho de que los trabajadores involucrados en la aplicación de estas nuevas tecnologías en el proceso productivo están expuestos a mayor explotación y riesgos laborales derivados de la exposición a sustancias nocivas y tóxicas generadas por las nuevas tecnologías, sino también por el hecho de que se arrojan al mercado una miríada de valores de uso que propician daños no bien precisados en la salud pública, especialmente a quienes se exponen a riesgos, peligros y enfermedades por el consumo de estos valores de uso provenientes de los más variados sectores. Por ejemplo, carnes y lácteos producidos a base de hormonas, anabólicos y demás sustancias tóxicas; vestido, cosméticos y demás artículos de uso personal que contienen sustancias químicas nocivas; fármacos con sustancias tóxicas y efectos secundarios no siempre develados y asociados a nuevas y más complejas enfermedades; productos transgénicos que degeneran los ecosistemas y producen enfermedades; utensilios de cocina que contienen plomo, teflón, plástico y otras sustancias que pudieran afectar la salud; tinacos y construcciones de asbesto con riesgos cancerígenos; programas de televisión que difunden información y contenidos chatarra bajo la especie del entretenimiento y la enajenación orientados a la comercialización de valores de uso emblemáticos de la nocividad capitalista; mercancías culturales del cine, la música, el teatro y la literatura que producen valores de uso chatarra, con alto potencial comercial pero bajo contenido artístico; el internet y sus redes digitales que promueven la banalización de la comunicación interpersonal y la frivolizan; los tratamientos médicos, los programas de salud preventivos y las campañas de salud articuladas por la industria farmacéutica nociva; las ciudades y su sistema de transporte basado en el

tránsito vehicular y el consumo exacerbado de gasolina; la promoción de drogas lícitas e ilícitas asociadas con la degradación de la salud; los instrumentos financieros tóxicos y onerosos que atan permanentemente a los asalariados a esquemas de deuda insuperables; sistemas electorales amañados y recicladores de una clase política tóxica, capitalista y neoliberal, entre muchos otros valores de uso que configuran el sistema de consumo nocivo propio del capitalismo.

Un ejemplo de sistema nocivo en muchos sentidos es el proyecto de industrialización en los países periféricos y subdesarrollados, como sucede en México, que es un apéndice del sistema industrial estadounidense, alemán y japonés. En este país se promueve un crecimiento exportador basado en la «industrialización» de sectores como el automotriz. Más allá del hecho de que no se puede hablar de una industria mexicana, por tratarse de sucursales y plantas de ensamble —maquiladoras en estricto sentido, que disponen de alto contenido importado y explotan trabajo barato además de que la supuesta exportación se refiere al comercio *intrafirma*—, el complejo pseudointustrial desmantela las redes socioproductivas nacionales, profundiza la acumulación por despojo y vulnera la tentativa de un desarrollo «alternativo», amén de que arroja al mercado una miríada de automóviles que terminarán congestionando y contaminando las ciudades. En múltiples sentidos se trata de una fuerza productiva nociva.

El gran desafío consiste en abrogar las tecnologías capitalistas nocivas en todos los sentidos para la humanidad y para el medio ambiente, o reconfigurar su contenido salvajemente capitalista para asimilarlas a un nuevo esquema de necesidades enfocado en las necesidades humanas. Al mismo tiempo, se debe plantear la necesidad de recuperar las técnicas y saberes inocuos de los sistemas precapitalistas, que aún persisten y que abonan a la reconstrucción del metabolismo social, al igual que es relevante promover la gestación de nuevas tecnologías no capitalistas y positivas para el desarrollo humano.



*Tesis 6: Uno de los baluartes de las fuerzas productivas que pretende generar un verdadero desarrollo humano, el pensamiento crítico y creativo, es abolido y vilipendiado para favorecer al pensamiento único, de talante neoclásico y neoliberal, afín al gran capital.*

El capitalismo triunfante que emerge luego del derrumbe del bloque soviético pontifica la cultura euroestadounidense y el pensamiento único. La ideología neoliberal, hija del pensamiento neoclásico y el neoconservadurismo, cuyos autores referenciales se remontan al clásico Smith y los neoclásicos Hayek y Freedman, consolida marcos analíticos que combaten al Estado social, la economía popular y la solidaridad, para enaltecer la función del mercado, la propiedad y el egoísmo, tras los cuales se guarecen los intereses de las corporaciones capitalistas. Dicho marco categorial y político manifiesta, empero, una gran incapacidad para entender la conflictividad del presente y, más aún, la problemática que convulsiona a los pueblos asentados en las periferias y el subdesarrollo.

En las regiones periféricas y subdesarrolladas, la importación inmisericorde de teorías y conceptos prohijados por el eurocentrismo y la modernización neoliberal propician el pensamiento y el trabajo acrítico, productivista, desarrollista y conformista. El pensamiento crítico es perseguido, olvidado o motejado como anquilosado. El manantial del pensamiento latinoamericano en sus vertientes estructuralista, dependtista y marxista —incluyendo la teología y filosofía de la liberación—, es decir, las expresiones de un pensamiento original que pretende promover procesos de transformación social sustantiva, se marchitan.

La colonización del pensamiento mediante el eurocentrismo y el neoliberalismo conforma la vértebra de la dominación de la subjetividad del trabajo conceptual y casi la aniquilación del pensamiento crítico (Santos, 2010). Los pensadores, académicos, investigadores y científicos suelen ubicar sus referentes históricos, culturales y políticos en las metrópolis europeas, consideradas como la fuente del pensamiento y la cultura occidental contemporánea y donde se ubica la cuna civilizatoria en Grecia, después Roma y luego España y Portugal, conquistadores de América; más adelante en Inglaterra, sede de la revolución industrial, y últimamente

Estados Unidos, el imperio capitalista más globalizado que ha conocido la humanidad (Dussel, 2007). Los referentes apostados en los centros del capitalismo mundial permiten que la aguas del pensamiento subalterno se mantengan apacibles o a la deriva, que se desconozca la riqueza del pensamiento latinoamericano y de la cultura popular y que menos se les atribuya valía como fuerzas productivas.

Durante siglos, en América Latina se ha ignorado la producción cultural y científica que se produce en la propia región, y merced a la dominación extraterritorial se importa y adopta con actitud poco crítica las formas de pensamiento provenientes del norte, de las sucesivas metrópolis del centro del sistema mundial (Grosfoguel, 2003). Durante los años cincuenta, sesenta y setenta, en las ciencias sociales y la filosofía floreció el pensamiento crítico latinoamericano. Las teorías de la dependencia plasmadas en la obra de Dos Santos, Hinkelammert, Dussel, Marini, Faletto, Cardoso, incluyendo el egipcio Amin; el estructuralismo de Prebisch, Furtado, Pinto; el marxismo latinoamericano de Mariategui, Sánchez Vázquez, Echeverría, y la teología de la liberación, además de expresiones originales del pensamiento, fueron referentes inigualables para entender nuestras propias realidades, sin pensar con anteojeras o mediante conceptos importados que no fueron confeccionados para entender la realidad social de esta región o de las periferias.

Con métodos autoritarios, desde los setenta y ochenta se implanta el pensamiento único de raigambre neoclásico y neoliberal, que reniega de todo el pensamiento crítico, y destierra de las aulas universitarias a las teorías latinoamericanas y al pensamiento crítico representado por la dependencia, el estructuralismo, el marxismo y la filosofía de la liberación. Entonces se trasplantan conceptos y formas de pensamiento diseñadas en los *think tanks* del primer mundo y se adopta expresiones débiles, como el posmodernismo y el postestructuralismo, que descontextualizan y relativizan la realidad. De este modo, se desconoce la lucha de clase para hablar ahora de capital social; se deja de hablar de explotación para hablar de emprendimiento; se descataloga el término de soberanía para hablar de globalización; se deja de lado la noción de emancipación para hablar

de competitividad; se posterga la idea de desarrollo para hablar de libre mercado; se conculca el Estado social para implementar la economía de mercado; se cancela la idea de bienestar para hablar de ajuste estructural, y así por el estilo. Bajo esa tónica o moda académica y científica, el reconocimiento y el prestigio proviene de repetir esquemas conceptuales y categoriales, de recomendar las políticas enmarcadas en las consejas de Washington o que sean amigables con el mercado, que respondan a los intereses de las empresas, no a los intereses sociales.

### LA SUBORDINACIÓN DEL CONSUMO A LA LÓGICA DE CAPITAL

*Tesis 7: El consumo productivo y humano es subordinado a la lógica del capital para aprovechar a cabalidad el doble carácter de la mercancía: satisface necesidades humanas y permite la eclosión de la ganancia; sin embargo, contribuye a la devastación ambiental y la degradación humana.*

La expansión global del sistema capitalista permite la configuración de la llamada fábrica global y con ello la subsunción del trabajo inmediato, mediante la proletarización de gran parte de la humanidad. Pero también se instaaura la *subsunción del consumo a la lógica del capital* (Veraza, 2008). El sistema de consumo capitalista derroca el sistema de subsistencia, necesidades y capacidades precapitalistas, populares y estatales para conformar un sistema de necesidades y consumo propios del capital global. Bajo la lógica del capital, el consumo se organiza mediante la procreación de un sistema de necesidades que rebasa al sistema de subsistencia comunitario, articulado por el mercado donde prolifera una multiplicidad de mercancías producidas bajo las relaciones laborales de explotación y devastación ambiental, cuyos valores de uso condicionan la vida cotidiana de la población (urbanización, comunicación, educación, familia, género, política) para lograr el cometido de realizar ganancias sin importar los efectos nocivos en la salud y el medio ambiente que genera el consumo productivo y el consumo humano en el capitalismo.

El productivismo y las técnicas capitalistas arrojan al mercado una masa inconmensurable de valores de uso que también terminan por englobarse en el ámbito de la nocividad capitalista, en parte porque desplazan a los valores de uso tradicionales, convivenciales y comunitarios, como porque están generados en condiciones de explotación laboral y depredación natural, pero también por el hecho de que su producción arroja desechos, toxinas y contaminación al medio ambiente, y más específicamente porque produce enfermedades, daños y perjuicios a los consumidores.

Los valores de uso capitalistas generan un sistema de necesidades particulares que abarcan la alimentación, salud, educación, política, cultura y urbanización. El sistema de necesidades trastoca y subsume el consumo productivo (materias primas, máquinas, herramientas y trabajo vivo) y el consumo humano (bienes-salario y en general los medios de subsistencia).

El consumo productivo se ha venido acrecentando en la medida en que el trabajo improductivo se está configurando como trabajo productivo, es decir, trabajo que contribuye directa e indirectamente a la valorización de capital, y con ello se posibilita la creciente proletarización de la humanidad.

Con el sometimiento del consumo productivo y humano a la lógica del capital, es posible domeñar las partes sustanciales de la reproducción social y del metabolismo entre sociedad y naturaleza. El hecho de que estas dinámicas se sometan a los intereses de acumulación se toma por la ideología dominante y como un hecho natural e inevitable. Por tanto, vivir en el capitalismo significa aceptar las normas laborales y consuntivas, que son diseñadas e implementadas por los gestores del capital.

El *consumo productivo* se despliega, bajo la lógica del capital, como la simbiosis entre fuerzas productivas destructivas y la degradación del trabajo vivo y la naturaleza. El consumo productivo está volcado, irremediablemente, a la generación de plusvalor. Consume la fuerzas productivas técnicas plasmadas en maquinaria y equipo, materias primas e insumos provenientes de la infraestructura natural y la fuerza de trabajo,

es decir, trabajo vivo y trabajo conceptual. Además, busca afanosamente nuevas fuentes de generación y apropiación de riqueza; para ello se vale de diversas estrategias, como la precarización y flexibilización laboral, la inmigración de trabajadores, la relocalización industrial, la innovación y el aprendizaje tecnológico. Pero también busca formas expropiatorias, que parecieran encubrir formas espurias de obtención de ganancia extraordinaria, como la acumulación por despojo y el extractivismo de recursos naturales, además de la financiarización.

El consumo productivo se decanta por pautas a todas luces agresivas y destructivas, como puede ilustrarse para el caso de la producción de alimentos, donde se implementan tecnologías dañinas para el medio ambiente y la salud humana (biotecnologías); el extractivismo de recursos naturales como minerales, petróleo, gas y agua, en la gran industria y los servicios; la mercantilización del agua y la revolución verde, biotecnología y transgénicos; o la financiarización que implementa instrumentos financieros especulativos, incrementa la deuda de gobiernos e incentiva la usura como medio para incluir a los pobres en el consumo.

El *consumo humano* es altamente sintomático de la forma en que el capital controla los cuerpos, en términos psicológicos, culturales y fisiológicos. El sistema de producción-consumo organizado por la lógica del capital modela un prototipo expansivo: el consumidor compulsivo. El consumidor de los símbolos y formas del imperialismo cultural se acultura, es decir, se desprende de su propia identidad para abrazar el sueño de la modernización neoliberal; es subsumido al conformismo social que disuade la crítica al poder establecido y legitima las agendas del capital. Para ello funcionan las estrategias de la mercadotecnia, la publicidad, el imperio de las marcas. Con todo, se instauran estructuras mentales complacientes.

El prototipo mejor diseñado de consumidor compulsivo y que ha logrado una propagación global es el adolescente universal (Klein, 2002), que ha sido diseñado por mercadólogos a fin de homogeneizar al sector que pudiera ser el más diverso y rebelde: los jóvenes. Mediante un bombardeo inmisericorde de la industria cinematográfica, televisiva,

musical y publicitaria, se difunde un patrón unívoco del joven que consume un mismo tipo de vestimenta, tenis, gorra, comida chatarra y comida rápida, música y ciertas expresiones culturales que a lo sumo los diferencia por «tribus urbanas». Un conglomerado de marcas modelan la cultura y el consumo de millones y millones de adolescentes en el mundo; marcas como Nike, Reebok, Aeropostal, Levi's, Coca-cola, Marlboro, McDonald's, Burger King, Starbucks, el cine de Hollywood, la música rock, pop y electrónica, etcétera.

Los contingentes persuadidos por el consumismo han sido previamente despolitizados y alienados a la órbita del capital. La necesidad ontológica de estar y ser exitoso en el mundo capitalista se mide por lo que se porta —bienes ostentosos— y por lo que se tiene. De ahí que se inviertan esfuerzos personales para aparentar éxito en esta forma de consumo alienada. Esta compulsión consumista es una preclara forma de dominación psicológica de las masas, una multiplicidad de individuos, por el capital. Para ello se invierten grandes sumas de dinero en agresivas campañas publicitarias que comercializan una amplia gama de valores de uso capitalistas, mayormente nocivos, que pretenden homologar culturalmente a la humanidad. Automóviles, refrescos, pañales, perfumes, hamburguesas, café, tenis, cosméticos, anteojos, estufas, computadoras, teléfonos celulares, películas y una miríada de mercancías condicionan los deseos, aspiraciones, goces y ambiciones.

*Tesis 8: El sistema alimentario organizado por el capitalismo se basa en valores de uso tóxicos y nocivos que deterioran el patrimonio genético de la humanidad y en la proliferación de enfermedades crónicas e incapacitantes; además se complementa con un sistema sanitario controlado por las grandes farmacéuticas, hospitales privados y aseguradoras, donde lo que menos interesa es la salud pública.*

El sistema agroalimentario mundial ha desencadenado una pérdida de soberanía alimentaria. La gran mayoría de países periféricos y subdesarrollados ha perdido soberanía alimentaria, entendida como la capacidad de producir los alimentos básicos que demanda su propia población —sobre todo la generada por la población campesina— y la correspon-

diente capacidad de todas las clases sociales para consumir alimentos sanos, inocuos y nutritivos, acordes con una dieta suficiente para mantener un estado aceptable de salud en condiciones normales. Las grandes corporaciones agroindustriales controlan el sistema alimentario mundial en todas sus etapas: imponen paquetes tecnológicos que incluyen semillas, pesticidas, fertilizantes y sistemas de riego; programan la producción de cultivos tradicionales y no tradicionales según los requerimientos de los grandes compradores y las previsiones de los mercados de futuros; implementan esquemas de financiamiento y seguros, sistemas de almacenaje, comercialización y distribución; propagan patrones de consumo y sistemas de precios en conjunción con los grandes monopolios comerciales. Por añadidura, en los países subdesarrollados, la población pobre —que es la mayoría— padece hambrunas, desnutrición y obesidad. La coexistencia de hambre y obesidad alude a la paradoja del hambre, pues mientras que la primera se explica por la pobreza, la segunda por la imposición de alimentos con alto contenido calórico, pero baja densidad nutritiva (los llamados alimentos «chatarra»), que derivan en problemas de salud como la obesidad, diabetes e hipertensión.

En términos fisiológicos, el sistema alimentario capitalista basado en carnes, azúcar refinada y harina refinada, genera estilos alimentarios perjudiciales, como la comida chatarra, la comida rápida y los alimentos industrializados con altas dosis de sodio, aditivos y conservadores (Veraza, 2007).

Esta serie de alimentos, que toma carta de naturalización como parte del consumo moderno y posmoderno, propicia, en términos económicos, que se destine un menor tiempo a la compra de alimentos, pues se concentran en supermercados dotados de amplios estacionamientos, en detrimento de los mercados populares como los tianguis, vinculados a la economía popular. Asimismo se aminora el tiempo de preparación de alimentos, pues a menudo los alimentos industrializados están preparados, ahumados, embutidos o enlatados, casi listos para su consumo. Con este ahorro de tiempo se predispone a la fuerza de trabajo para su pronta aplicación en el proceso productivo o para compensar los tiempos

de traslado desde las casas a los lugares de trabajo, donde se consumen valores de uso igualmente nocivos, como el automóvil y la gasolina.

El sistema alimentario propio del capitalismo tardío se distingue por su alta dosis de toxicidad. La dieta que el capitalismo neoliberal ha logrado imponer se basa en alimentos procesados cuyos ingredientes principales son las carnes, harinas, sales y azúcares refinadas. El menú está compuesto por la comida rápida, productos chatarra y drogas legales (café, trabajo y anfetaminas), además de alimentos transgénicos. Para imponer el menú capitalista, ha sido necesario destruir previamente la producción y consumo de alimentos emanados de la economía campesina, para en su lugar implantar la agroindustria. A nivel macro se impone la dependencia alimentaria y el predominio de la agroindustria que impone la variedad de semillas (transgénicas), esquemas crediticios, insecticidas, herbicidas o la importación de alimentos. La dieta neoliberal está asociada a severos problemas de salud pública: diabetes, obesidad, desnutrición, hipertensión, cáncer y demás enfermedades degenerativas.

Fisiológicamente, el consumo exagerado de azúcares refinadas se traduce en una rápida conversión de energía que puede ser implementada en el proceso productivo, en el desgaste del trabajo vivo; al igual que las carnes rojas, que incrementan la «agresividad» de la persona, o las drogas legales, como el café, el tabaco y las anfetaminas. Es decir, esta alimentación está diseñada según una racionalidad productivista que conjuga el ahorro de tiempo («comida rápida») en el consumo alimentario y la acumulación de energía (azúcares refinados y carnes) para incrementar el vigor inmediato de la fuerza de trabajo (Veraza, 2007).

No obstante, esto redundaría en perjuicios para la salud humana, pues con estos patrones de consumo se está incrementando la ingesta de productos con altas dosis de carbohidratos, grasas y azúcares, lo que a la postre cobra factura en términos de la salud, pues es evidente que el ritmo productivista propio del capitalismo y su sistema alimentario están asociados a la proliferación de enfermedades como el cáncer, la diabetes, la hipertensión y otras enfermedades crónico-degenerativas.



El sistema de salud iatrogénico logra su consolidación cuando es desmantelado el sistema de salud público (Estado social o su remedo) y se galvaniza la mercantilización de la salud mediante la entronización del sistema privado de salud: grandes farmacéuticas, investigación científica, sistema de patentes, aseguradoras (capital financiero), hospitales privados y sistemas de prevención y tratamiento. La concentración del capital privado en el ámbito de la salud tiene vasos comunicantes con la propagación de enfermedades derivadas de valores de uso y tecnologías nocivas y con el desmantelamiento progresivo de la red de protección social.

De manera semejante al sistema alimentario, se afianza un sistema de salud capitalista domeñado por el complejo farmacéutico, aseguradoras y hospitales privados. Este sistema de salud privado, que carcome a los sistemas públicos, no tiene la vocación de sanar a los enfermos como pudiera desprenderse de la ética hipocrática, sino de generar un espacio de valorización. Por ello, el sistema de salud pone énfasis en sistemas preventivos y tratamientos que no buscan la salud sino la clientela, el engancharamiento de enfermos-consumidores en una ruta permanente, donde se ofrecen seguros, tratamientos médicos innecesarios, medicinas de diversos tipos y consultas programadas sucesivamente. El sistema médico alópata está en el centro y se está consolidando como un sistema iatrogénico. Las alternativas salubres y las medicinas tradicionales y alternativas se consideran como supercherías, charlatanerías y anacrónicas. De tal suerte que existe una simbiosis entre el sistema alimentario nocivo y el sistema de salubridad iatrogénico.

### CULTURA NEOLIBERAL EN LAS ANTÍPODAS DE LA CONVIVENCIALIDAD

*Tesis 9: Los valores de la cultura capitalista hegemónica exaltan la mercantilización extrema y la maximización de ganancias, en contraposición a la convivencia y la reproducción digna de la vida humana.*

La cultura es el complejo sistema de valores o principios, prácticas y costumbres, conocimientos y saberes, identidades y convivencialidades

que modulan las relaciones sociales (Márquez, 2013). El influjo cultural del capitalismo euroestadounidense es determinante para imponer en grandes franjas del planeta patrones de consumo, esquemas de pensamiento, modas de vestir y formas de actuar; además de que carcome los procesos de socialización y produce identidades individualistas y apegadas a criterios consumistas (Bauman, 2007).

La cauda de valores que impulsan el orden civilizatorio del capitalismo contemporáneo se contraponen a las pautas de la convivencialidad. La lógica inmarcesible del capital avanza a merced de preceptos como el individualismo, competitividad, libre mercado, consumismo y democracia electoral. La vida en comunidad articulada por principios como la solidaridad, cooperación, economía social y democracia participativa aparecen como figuras decorativas del pasado.

Empero, la utopía del mercado total termina por convertir en racional lo irracional. El ritmo frenético de la producción y la especulación fracturan los procesos de valorización del capital. A la sobreproducción y caída de las tasas de ganancia sobreviene la destrucción de capitales y el desempleo galopante, episodios que pretenden ser restañados con programas de rescate y nuevas medidas de ajuste, que trasladan los costos a las mayorías y concentra la riqueza en la plutocracia.

Entonces, tiene verificativo una crisis de mayor calado. El modelo civilizatorio del capitalismo neoliberal muestra enormes fracturas en sus cimientos, nada menos que en el sistema de reproducción de la vida humana. En ese ámbito vital hacen eclosión una y mil caras de la crisis civilizatoria: la ruptura del metabolismo entre sociedad y naturaleza, el cambio climático y sus secuelas, la crisis alimentaria y las epidemias de hambruna, la pérdida de legitimidad de la democracia de élites, la destrucción de sujetos sociales, la inseguridad humana y el desencadenamiento de migraciones forzadas.

El complejo sistema de principios y prácticas que configuran las culturas de nuestro tiempo está colmado de desigualdades. En el centro irradia una cultura hegemónica que propala los valores mercantiles del individualismo, competencia, eficiencia y consumismo. La mayor parte

del orden institucional se asume como difusor de los valores culturales del capitalismo neoliberal: gobiernos, parlamentos y partidos políticos; sistemas de innovación científicos-tecnológicos; programas de educación pública y privada; medios de comunicación e información; industrias culturales y del entretenimiento.

En las antípodas sobreviven culturas populares ancestrales o nacientes. Sus cultivadores son sectores sociales que ofrecen resistencia a la aplanadora mercantilista y que promueven otras formas de convivencia: campesinos e indígenas encabezan movimientos sociales que proponen ideas como un mundo donde quepamos todos —incluyendo a la naturaleza—, mandar obedeciendo y vivir bien. Los jóvenes excluidos de la educación de calidad y el mercado laboral son los indignados del mundo que toman las calles y ponen en entredicho al sistema de poder. Los trabajadores afectados por los programas de despido y el trabajo inseguro luchan por sus derechos laborales. Comunidades enteras resisten la política de despojo que en nombre del progreso pretende arrancarles los bienes comunes. Grandes contingentes sociales se movilizan para defender el patrimonio nacional ante la rapacidad de las transnacionales y los gobiernos sumisos. Sin embargo, la cultura popular deambula entre arenas movedizas, pues todos los días, a todas horas, está propensa a ser engullida por la lógica del capital y su cultura. Ya sea porque se implementan medidas represivas y coercitivas o debido a que las organizaciones y movimientos son infiltrados, cooptados y desmembrados, o como consecuencia de que la capacidad de resistencia se diluye poco a poco. Pero al final de cuenta, ahí anida la cultura crítica, aquella que se resiste, rebela e indigna, imagina otros mundos posibles plagados de mitos y utopías, amén de que recrea formas prácticas de convivencia alternativa.

*Tesis 10: La vida cotidiana del pueblo ha sido trastocada por un sistema de necesidades perjudicial, alienado y despolitizado que preserva el mercado total y se decanta como un malvivir.*

Las relaciones interpersonales, familiares, vecinales, comunitarias e institucionales que posibilitan el devenir diario de la sociedad y la vida

cotidiana se expresan en el trabajo reproductivo; es decir, en el cúmulo de tareas que posibilitan la (re)producción de las labores en la vida diaria y el trabajo doméstico; la sexualidad y las relaciones de género; el consumo de bienes salario; la construcción o habilitación de vivienda, el espacio público y el medio urbano; las relaciones pedagógicas, los procesos de enseñanza-aprendizaje y las tareas que engloban a la educación, la cultura y la actividad política.

Sin embargo, el sistema de necesidades que soporta a la vida cotidiana se aleja, cada vez más, del propósito fundamental de reproducir la vida humana en condiciones dignas y sustentables, a favor de cubrir las expectativas de rentabilidad del capital. De tal modo que el sistema de ciudades que centraliza espacialmente la acumulación de capital e interconecta a los principales centros de negocios repercute en el estrangulamiento vehicular, la segregación espacial con su cinturón de casas inseguras y redondas, además de la inseguridad pública.

Un punto sintomático es la educación volcada a la formación de *capital humano* y la mercantilización de los servicios educativos. La calidad educativa se mide según se formen capacidades y habilidades entre los educandos, que se están modelando como un «capital humano» accesible al capital corporativo. Se trata de una emergente fuerza de trabajo habilitada técnicamente, con una mínima o nula formación humanista, sin un sentido de la filosofía, la ética y la historia. Un pueblo así formado es fácilmente gobernado según los dictados del capital. Los programas de educación pública, al igual que los de salud, están ubicados en la primera línea de los programas de «austeridad» dictados por los organismos financieros internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), para implementar programas de rescate a favor de inversionistas especulativos, bancos de inversión, bancos privados internacionales y diversos fondos de inversión. Hacia esos sectores se canalizan ingentes recursos, así como para garantizar infraestructura a las corporaciones multinacionales. Los recortes afectan a campesinos, artesanos, pescadores, microempresarios, desempleados, pensionados y trabajadores desregulados que no merecen ningún programa de rescate.

La penetración de los valores capitalistas es facilitada por la gran influencia que ha adquirido la industria del entretenimiento, encabezada por el cine de Hollywood y la televisión comercial, pero también por la degradación inducida del sistema educativo en los países subdesarrollados y la conformación de un sistema de comunicación social que difunde información chatarra y prohija una ciudadanía conformista y moldeada según las pautas del mercado.

Un sujeto que abraza el consumismo como la norma suprema convivencial e identitaria es el prototipo del *joven universal* (Klein, 2002), el consumista por antonomasia que ha sido prefabricado por mercadólogos, que predispone a las grandes masas consumistas a consecuentar pautas de consumo dictadas por las megaempresas, todo un tinglado de marcas que se valen, en el trasfondo, del trabajo esclavo del tercer mundo para comercializar mercaderías en grandes cantidades, con lo cual cierran el círculo perfecto de superexplotación del trabajo-consumismo, adocenado-sustracción de ganancias extraordinarias.

Los elementos referenciales de la cultura hegemónica que dan cuenta de los modos de producción y reproducción de la vida material, de las relaciones sociales y de la subjetividad, se afianzan en el individualismo, el mercado, el pensamiento conservador, el fetichismo del poder y la enajenación (Márquez, 2013).

## DESPOLITIZACIÓN DE LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD

*Tesis 11: El poder político abroga la representación popular primigenia y el postulado del mandato obediencial para fetichizar el poder y encarnarlo en una clase política coaligada a los capitales monopólicos.*

En un sentido lacónico, el poder político debería emanar de la representación social, expresar la soberanía popular y promover el bien común. La práctica política supondría el principio de mandar obedeciendo al pueblo, como se desprende de la definición aristotélica y como han propuesto los zapatistas en sus comunidades autónomas. En realidad,

el sistema de poder del capitalismo neoliberal, pese a que se asume como la realización de la democracia, resulta socialmente perjudicial: es una democracia de élites gestionada por gobiernos neoliberales, partidos sin representación, discursos demagógicos y elecciones mercantilizadas.

Los gobernantes y legisladores del capitalismo corporativo se arrojan la potestad política a expensas de los mandantes. Al encarnar el poder, toman decisiones sin consultar a la ciudadanía. Como mecanismo supletorio del consenso, emiten leyes y decretos. Para quienes resisten las prescripciones autoritarias, la represión o cooptación estatal puede ser la respuesta inmediata. En lugar de que la política sea una praxis que permita la consulta, el debate y el consenso, es decir, una intensa práctica intersubjetiva, los poderes establecidos y los fácticos objetivan el poder como un fetiche (Dussel, 2006).

El vínculo entre ciudadanía y representantes se descoyunta, la materia de debate (información, diagnósticos, proyectos, argumentos, leyes) se reserva a la tecnocracia, expertos y jefes políticos, y las nuevas disposiciones se imponen sin miramientos. La burocracia política que encarna el poder fetichizado está inmersa en las dinámicas del capitalismo corporativo, por lo que tiene que consultar a los emisarios del gran dinero las decisiones de gran calado, en el marco de pactos de élite que resguardan la lógica del capital.

El pueblo, los pobres y las clases subalternas están excluidos, de antemano, del pacto político de la oligarquía. No se reconocen como un sujeto sociopolítico, salvo cuando es convocado a votar para convalidar el sistema electoral. Las minucias que los gobernantes destinan a los menesterosos, como programas asistencialistas, no logran, ni siquiera, articular un programa populista. Por tanto, la representación directa del pueblo sólo puede ejercerse por el pueblo mismo, atendiendo a su matriz cultural, pero buscando renovarla y orientarla hacia formas organizacionales autónomas del Estado e independientes de los partidos políticos y grupos de interés, que sólo representan los intereses elitistas.

En la teoría, los partidos políticos han sido destacados como las estructuras más pertinentes y eficaces para cristalizar la organización

social; valga decir, para organizar a la masa informe que de antemano está desorganizada. En realidad, los partidos políticos, lo mismo en los países centrales que en los periféricos, atraviesan por una severa crisis de representatividad y, en última instancia, de legitimidad, pues en lugar de cumplir el papel de organizadores y de representantes de sectores específicos de la sociedad, como pudieran ser los trabajadores, las burocracias políticas terminan por representarse a sí mismas, aunque invoquen, y a menudo logran, detentar el monopolio de la representación social.

La llamada clase política utiliza a los partidos para usufructuar el monopolio de la representación y del acceso a puestos del poder político y la administración pública, sustraer partidas fabulosas del erario, gozar de privilegios y fama pública y, lo más importante, negociar en todo momento con el poder económico representado por las grandes corporaciones, los poderes fácticos y las parcelas del crimen organizado, a fin de coaligar y tutelar los intereses de los potentados y con ello acceder a prebendas y canonjías. De esta manera se genera la imagen de que los poderes económicos y fácticos «capturan» parcelas del Estado, como si el interés del capital fuese ajeno a la estructura nuclear estatal.

*Tesis 12: El gobierno corporativo atiende a las exigencias del gran capital mediante programas con criterios tecnocráticos basados en los cálculos de utilidad, que incluyen la concesión de sectores estratégicos y rentables, bienes comunes y nacionales, recursos públicos y exenciones fiscales.*

La noción de política, poder del pueblo, es reconvertida por la de *pospolítica*, donde el gobierno descansa en expertos, consultores, cabilberos y tecnócratas que toman las decisiones cruciales siempre a favor del gran capital (Zizek, 2007). Tras bambalinas van tomando mejores posiciones los llamados poderes fácticos que disputan y toman para sí parcelas de poder social, político y territorial al Estado, muchas veces con la colusión de personeros del gobierno. También, toman forma diversas coaliciones o pactos políticos turbios entre los partidos hegemónicos y los poderes fácticos.

Asimismo, el gobierno asume los preceptos de la *nueva gerencia pública*, es decir, adopta los criterios empresariales privados para organizar la administración pública, en detrimento del Estado social y el bien común (Márquez, 2011). La proliferación de gobiernos tecnocráticos consecuentes con las políticas neoliberales copaba la escena electoral y tensaba lazos de colaboración con las instituciones financieras internacionales, como el FMI, el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC), que prescribían reiteradamente un mismo y único recetario «responsable» para gestionar la economía a través de las pistas del mercado mundial. La noción de economía se reduce, entonces, a la gestión de espacios de valorización para el capital global. Según los ideólogos, la economía de mercado era la anticipación del mundo feliz o, cuando menos, el fin de la historia. La utopía capitalista del periodo de entre siglos.

Existe un plegamiento hacia el discurso y programas conservadores de derecha. La política «responsable» y «moderna», dentro del marco categorial del neoliberalismo es la que respalda la economía de mercado, la propiedad privada y la seguridad nacional. Ante la crisis de identidad de las izquierdas, los políticos pragmáticos y oportunistas toman la batuta para buscar vías de conciliación con el programa favorable al capital. La hipótesis de derrame se usa como coartada: si hay inversión privada, entonces habrá crecimiento, empleo y prosperidad.

Los gobiernos de los países subdesarrollados juegan un papel de enlace en la estrategia de internacionalización de capital interesada en apropiarse de sectores estratégicos y rentables, recursos naturales y trabajo barato, presupuestos públicos e infraestructura. Fungen como gestores para la atracción de inversión privada y ofrecen facilidades administrativas, exenciones fiscales, financiamiento, infraestructura, protección a la propiedad, control de trabajadores y seguridad. El gobierno responsable y moderno es el que facilita el arribo de las corporaciones extractivistas, especuladoras, explotadoras y rentistas.

*Tesis 13: La reproducción del sistema de poder, donde comanda una clase política coaligada con el capital corporativo, se basa en un sistema electoral corrompido*



*por la mercantilización y coacción del voto, además de la promoción de candidatos que representan los intereses de la propia clase política.*

La reproducción política del poder del capital se basa en sistemas electorales acotados al dominio de la clase política burguesa. La idea más acabada de democracia, inmersa en el discurso del poder y propagada por los teóricos de la transición y los medios de comunicación, se reduce a procesos electorales que permiten la alternancia electoral entre miembros de una clase política, que pueden ser respaldados por distintos partidos, que ejercen por turnos la titularidad del poder político y la administración pública, pero que mantiene un programa de gobierno común, de corte neoliberal, cuyo cometido es resguardar los intereses del capital corporativo.

La noción de cambio queda encapsulada en los relevos electorales. La meta de cambiar las estructuras del patrón de acumulación y del sistema de poder —es decir, modificar las relaciones de explotación y dominación prevalecientes, que empobrecen y excluyen a la mayoría de la población— está ajena a esta consideración. Esto es así porque el cambio estructural posibilitaría reorientar los esfuerzos sociales abocados a la generación de riqueza como basamento para redistribuir los frutos del trabajo humano (del trabajo vivo y el trabajo conceptual) mediante criterios de equidad y justicia social, en tanto que el cambio del sistema de poder permitiría, eventualmente, instaurar un gobierno que, en efecto, represente los intereses concretos de la ciudadanía, de la soberanía popular, y que permita la participación de sectores concretos de la sociedad, más allá del pacto elitista, a fin de que en conjunto pueda cristalizarse la democracia social, palpable en el mejoramiento de la calidad de vida.

El modelo proviene de las campañas de mercadotecnia política que presentan a los candidatos como una mercancía más y al votante como un cliente o un consumidor que se ve en el dilema de elegir a la mercancía con mejor presentación personal, con una vestimenta de fino corte, un peinado aliñado, una sonrisa espejeante y un discurso efectista, aunque acartonado y repetitivo. En lugar de debate político, donde se develen

los grandes problemas sociales y se dirima sobre políticas públicas para su resolución, se debate en torno a resultados prefabricados de casas encuestadoras que ofrecen sus servicios, con resultados favorables a quien los contrate. Los políticos modernos y carismáticos son aliados de las grandes empresas televisoras, respaldan los programas neoliberales y emiten discursos populistas.

Existe un corrimiento de los políticos ubicados en diversos puntos del espectro político, izquierdas y centro, hacia el flanco derecho. No obstante, la clase política coligada en el programa neoliberal afronta una profunda crisis de legitimidad, la cual van sorteando en cada comicio, sin descontar el hecho de que pueden sufrir derrotas electorales significativas, como en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Brasil.

*Tesis 14: Los grandes medios de comunicación e información, además de las industrias culturales y del entretenimiento, configuran un poder comunicacional, que en nombre de la libertad de prensa encubren, tergiversan y censuran la información a la población y manipulan la conciencia social.*

La cultura hegemónica dispone de múltiples recursos para su propagación. En la cresta de la ola generada por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información se han ajustado los términos de lugar y tiempo en un espacio cibernético que celebra la simultaneidad; una coordinación social del trabajo en tiempo real que posibilita la sincronía de las operaciones comerciales, productivas y financieras. El control cibernético y digital despierta expectativas en torno a una llamada nueva economía, incluso de una nueva era, de un capitalismo regido por el control informacional.

La computadora era el nuevo dispositivo articulador de los esfuerzos del trabajo conceptual y el trabajo vivo; las ciencias de la informática y las comunicaciones, sintetizadas en la telemática, el nuevo conocimiento regulador de las relaciones sociales; y el internet la red de comunicación que convierte en prescindible el encuentro cara a cara y reconfigura las formas de socialización y soporte mutuo bajo redes ya no sociales sino digitales.

Los mecanismos de persuasión, cooptación y represión del aparato estatal, con el respaldo del poder comunicacional, modelan una masa social conformista, despolitizada e indiferente, que permite, con su desdén sobre la política como práctica social transformadora, el ejercicio despótico de los intereses corporativos del complejo empresarial, político y militar, que detenta los hilos conductores de las dinámicas de acumulación y dominación. Diversas estrategias de desinformación, banalización y entretenimiento van configurando al ciudadano como un *idiota social* (Roitman, 2012) que se imbuje en la televisión, el cine, los deportes y el internet, no como medios proveedores de conocimiento y arte sino como fuentes de información chatarra, conocimiento adocenado y entretenimiento fútil.

*Tesis 15: El sistema de poder reserva la toma de decisiones clave para grupos de expertos, consultores y tecnócratas, y reduce a la ciudadanía al mínimo posible, emisor de voto en los comicios, que terminan por ser actos rituales de la reproducción del poder fetichizado.*

La acometida del poder político contra la sociedad civil comienza con la despolitización y la destrucción de sujetos sociales con capacidad de movilizarse en pos de metas clasistas o multclasistas como la defensa del empleo digno, los bienes comunes y bienes de la nación, el voto y los derechos humanos.

Los sujetos despolitizados arrojan una ciudadanía mínima, individualista, egoísta y conservadora. El ciudadano modelo es el consumidor que acude a los centros comerciales y sigue las instrucciones de la mercadotecnia para elegir mercancías; el votante que acude ritualmente a los comicios siguiendo las indicaciones de las campañas políticas para elegir candidatos; el televidente apegado a programación audiovisual adocenada que le dicta pautas de opinión supuestamente pública; el trabajador y contribuyente que acepta pasivamente las reformas neoliberales. Asumida con beneplácito o indiferencia, la ciudadanía mínima es la proposición que el poder hace al pueblo: *ser menos y contribuir más*.

El ciudadano mínimo que acude ritualmente a depositar su voto a favor de los personajes reciclados de la clase política que dicen representar

los intereses del pueblo mediante estrategias de comunicación que reducen el debate a una especie de sociedad *teledirigida* (Sartori, 2000), pero que en el fondo conforman una coalición de intereses público-privados que armoniza la agenda neoliberal y catapulta los intereses del capitalismo corporativo.

La configuración de una sociedad cuyas clases subalternas se van decantando como sujetos desinformados, sobrexplotados, consumistas y teledirigidos permite con suma facilidad consolidar el control político de la población y asentar los valores conservadores y la aceptación tácita de la agenda política neoliberal, que termina por ser inoculada en grandes parcelas del sentido común popular. La derechización, despolitización y desorganización de las sociedades es el mejor escenario para ejercer, desde los altos puestos del poder, el control político y económico de la población.

Cuando el conformismo prevalece, las expresiones de malestar e inconformidad no logran movilizar a la sociedad, porque han sido desarticuladas o pervertidas las relaciones de soporte mutuo y las organizaciones, como los sindicatos, los partidos políticos y los movimientos sociales. Múltiples formas de conformismo y colaboracionismo prevalecen entre los sectores subalternos con los poderes, aún a sabiendas de que los actos del poder dañan las condiciones de vida y trabajo de la población, pero la inconciencia social es capaz de deformar o enajenar el pensamiento y de pulverizar o distorsionar la acción social y política. Por derivación, también persisten formas de apatía y de cinismo en los sectores sociales más inamovibles y conformistas.

El saldo es contrastante. Por una parte, se registra una pesada sensación de desánimo, apatía y conformidad; por la otra, proliferan disímiles expresiones de indignación, resistencia y rebelión (Hessel, 2011).

## CONCLUSIÓN

La actual encrucijada civilizatoria emana de la dialéctica antepuesta por la afirmación del capital corporativo y la negación de la vida humana. Los

valores positivos del capitalismo (crecimiento, competitividad, progreso) atentan contra la vida digna. Un desafío trascendente es negar aquello que trasgrede el ciclo vital para enarbolar la reproducción social, la supremacía de la corporalidad viviente y consciente en un horizonte de libertad, en conjunción con el entorno planetario. La reconstrucción del tejido social y la liberación son movimientos dialécticos. Pretender garantizar la vida humana resulta inviable si se preserva la primacía afirmativa del capital.

Abrogar el sometimiento del trabajo vivo, como simple factor productivo procreador de ganancias privadas, es menester para recuperar su función como generador de un excedente susceptible de distribuirse para satisfacer las necesidades humanas fundamentales. Lejos de respaldar la aprobación corporativa de los frutos del trabajo general, el trabajo científico-tecnológico debe ejercerse como una fuerza productiva con responsabilidad social. A fin de superar el papel de las migraciones como abastos de trabajo barato para el capital, requerimos dismantelar el despojo y la exclusión que desgarran el tejido socioproductivo y catapultan el desplazamiento forzoso. Al eludir el intercambio ecológico desigual fincado en agendas extractivistas-exportadoras y en la conversión de los bienes comunes en privados es preciso garantizar las bases materiales para la producción bajo una gestión sustentable de los recursos naturales.

En lugar de aceptar marcos categoriales y políticos promovidos por el pensamiento neoconservador y neoclásico, plataforma de lanzamiento del capitalismo tardío, es impostergable recuperar el pensamiento crítico emanado de pueblos periféricos y subdesarrollados que anteponen la necesidad de entender el contexto y buscar senderos factibles de emancipación y liberación. Con miras a detener el avance de las fuerzas contra-productivas de la carrera armamentista, la frenética embestida modernizante del industrialismo, el consumismo y la urbanización, es ineludible reconstruir y fortalecer las fuerzas productivas sociales que se anteponen garantizar la producción y reproducción de la vida humana en condiciones dignas y en conjunción con la naturaleza.

En contraposición al consumismo productivo depredador que promueve el despojo, el extractivismo y la financiarización, necesitamos

intervenir los capitales y reorientarlos a los fines supremos de la reproducción socioambiental; asimismo, para detener esa loca carrera consumista que reduce la figura de la ciudadanía al sujeto solvente que concurre al mercado para realizarse, o que se ve compelido a vivir estrangulado en esquemas crediticios usureros para comprar, es importante recodificar el consumo sustentable basado en principios éticos. El sistema alimentario capitalista orientado a la formación de una fuerza de trabajo con intensidad instantánea pero sujeta a una multiplicidad de enfermedades y discapacidades, comandada por monopolios agroindustriales, comerciales y farmacéuticos, tiene que ser revisado a fondo para reconstruir la producción de alimentos en comunidad autónomas, asociadas a dietas sanas, inocuas y nutritivas, y a sistemas de salubridad armónicos con la fisiología y psicología humana, desmercantilizados. La vida cotidiana domeñada por el capital produce conjuntos familiares, formas de socialización y pautas de reproducción social mediatizados por el capital, sin que la población sea consciente de ello: es la utopía del capital. Otra sociedad sólo puede replantearse desde los planos de la convivencialidad, desde las prácticas familiares, vecinales y comunitarias hasta alcanzar la relaciones pedagógicas y escolares, la cultura y la política. La cultura material y espiritual recodificada por el individualismo, el consumismo, el entretenimiento y el mercado presagian una sociedad insustentable, una especie de suicidio colectivo. Entonces se precisa una revolución cultural emanada del sector popular, donde anida la conciencia crítica de la sociedad y las energías vitales para la transformación social.

El poder fetichizado en los gobernantes y su clase política tiene el cometido de despolitizar la economía, la cultura y la sociedad. Por lo contrario, se necesita politizar todas las esferas sociales a fin de hacer partícipe a la población de la toma de decisiones sobre las principales políticas y estrategias para otro desarrollo. El gobierno neoliberal se asume como una entidad tecnocrática que se preocupa por facilitar nuevos espacios de valorización para el capital corporativo en una carrera que no tiene futuro; ahora se requieren gobiernos populares que se construyan con

el respaldo de movimientos y clases sociales dispuestos a promover transformaciones sociales sustantivas. Los sistemas electorales han derivado en prácticas nocivas para la democracia, que se reduce a una democracia de élites donde se simula la elección popular, pues los comicios se reducen a la convalidación por los votantes desinformados y despolitizados de personajes de la clase política que defienden las prácticas parlamentarias y políticas de los gobiernos tecnocráticos. Entonces se trata de articular la democracia representativa por la democracia participativa, de modo que el proceso electoral sólo sea un momento, no el principal, de la participación social, del poder popular. Los monopolios de la comunicación y la información, incrustados en la esfera monopólica del capital corporativo, están interesados en desinformar y cooptar a la población, para transformarlos en votantes pasivos y consumidores compulsivos. Sin embargo, se precisa de nuevos medios de comunicación, públicos y comunitarios, y el desvanecimiento de los monopolios informacionales, para que la información y la comunicación sean una herramienta político-cultural al servicio de la sociedad. El ciudadano reducido a un votante abstracto y un consumidor conformista es una condición inviable para una sociedad desarrollada; la búsqueda de una ciudadanía activa, plena e informada es una condición necesaria para formar sujetos del desarrollo alternativo.

## REFERENCIAS

- BARTRA, Armando (2006), *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, México, Ítaca.
- \_\_\_\_\_ (2010), «Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado», *Memoria*, núm. 248.
- BAUMAN, Zygmunt (2007), *Vida de consumo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- DUSSEL, Enrique (1988), *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63*, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2006), *20 tesis de política*, México, Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2007), *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*, Madrid, Trotta.

- FOSTER, John Bellamy (1999), «Marx's Theory of Metabolic Rift», *American Journal of Sociology*, vol. 105, núm. 2.
- GROSGOUEL, Ramón (2003), «Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo», *Nueva sociedad*, núm. 183.
- HESSEL, Stephane (2011), *¡Indígnate! Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica*, México, Destino.
- HINKELAMMERT, Franz y Henry Mora (2008), *Hacia una economía para la vida. Preludio a una reconstrucción de la economía*, Cartago, Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- KLEIN, Noemi (2002), *No logo: el poder de las marcas*, Madrid, Paidós.
- MARINI, Ruy Mauro (1973), *Dialéctica de la dependencia*, México, Ediciones Era.
- MÁRQUEZ, Humberto (2008), «México en vilo: desmantelamiento de la soberanía laboral y dependencia de las remesas», *Papeles de población*, vol. 14, núm. 58.
- (2011), «El mal desarrollo y los gobiernos locales de centro-izquierda: el caso de Zacatecas», en Humberto Márquez, Roberto Soto y Edgar Záyago (coords.), *El desarrollo perdido. Avatares del capitalismo neoliberal en tiempos de crisis*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- (2013), «Malestar en la cultura: hegemonía neoliberal, indignación y cambio social», en Raúl Delgado y Humberto Márquez (coords.), *El laberinto de la cultura neoliberal. Crisis, migración y cambio*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- y Raúl Delgado Wise (2011a), «Signos vitales del capitalismo neoliberal: Imperialismo, crisis y transformación social», *Estudios Críticos del Desarrollo*, vol. 1, núm. 1.
- y Raúl Delgado Wise (2011b), «Una perspectiva del sur sobre capital global, migración forzada y desarrollo alternativo», *Migración y Desarrollo*, vol. 9, núm. 16, pp. 3-42.
- MARX, Karl (1981), *El capital*, vol. 6, México, Siglo XXI.
- MORA, Henry (2008), «Una reflexión introductoria sobre la naturaleza de la actual crisis global y los límites del capitalismo», *Ciencias económicas*, núm. 2, pp. 45-53.
- OSORIO, Jaime (2009), *Explotación redoblada y actualidad de la revolución. Refundación societal, rearticulación popular y nuevo autoritarismo*, México, Ítaca.
- ROITMAN, Marcos (2012), *Los indignados. El rescate de la política*, Madrid, Akal.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2010), *Refundación del Estado en América Latina. Perspectiva desde una epistemología del Sur*, México, Siglo XXI.
- SARTORI, Giovanni (2000), *Homo videns. La sociedad teledirigida*, México, Taurus.
- VERAZA, Jorge (2008), *Subsunción real del consumo al capital. Dominación fisiológica y psicológica en la sociedad contemporánea*, México, Ítaca.



- \_\_\_\_\_ (2012), *Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida. Para una teoría marxista de las fuerzas productivas*, México, Ítaca.
- \_\_\_\_\_ (coord.) (2007), *Los peligros de comer en el capitalismo*, México, Ítaca.
- ZIZEK, Slavoj (2007), *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Sequitur.

